



LA NOVELA NOVELESCA

Sr. D. José Gutiérrez Abascal, director de *El Heraldo de Madrid*.

Mi distinguido amigo y compañero: Por segunda vez me honra *El Heraldo* pidiéndome algunas notas acerca de un tema literario; y si en la ocasión anterior no pude complacerle, porque no creí oportuno decir nada del asunto entonces discutido, ahora no rehusó el honor que se me ofrece: primero por no exponerme á que pique en descortesía, ó desabrimiento á lo menos, una negativa reiterada, y además, porque en sí la materia que hoy se ventila me parece interesante, aunque no aplaudo ni el modo ni el motivo de tratarla. Por razones particulares, además, deseo poder decir algo de la novela en sus nuevas tendencias, siendo solicitado para ello, no por espontánea oficiosidad; y decirlo, no *ejerciendo de crítico* ordinario, con carácter hasta cierto punto impersonal, ó sea sin deber referirme á mis *subjetivismos* y asuntos propios. Como tal *crítico* es-

cribo en quinientas partes, y mis ideas acerca del punto de que se trata las expongo dos ó tres veces al mes lo menos; pero esta consulta, como todas las de su clase, tiene carácter más personal, le busca al consultado el ánimo y el sentimiento más de cerca, como sorprendiéndole antes de prepararse á la diaria y relativa comedia que, por bien parecer á lo menos, todos representamos, aunque no sea con las de Caín ni con las de Augusto. Considerándolo así, no veo inconveniente en que yo, con la modestia debida, me refiera á mis humildes ensayos de novela en la relación de cómo han sido antaño y cómo van á ser ahora, si después de hablar de lo principal me queda espacio para lo accesorio. Mas antes de proseguir vuelvo á la indicación hecha, de que no aplaudo el modo ni el motivo de discutir *coram pópulo* el tema que ustedes han tomado de la prensa francesa.

No aplaudo el modo, porque si bien creo hasta muy patriótico y de muy buen gusto que periódicos del mérito de *El Herald* concedan mucha atención y consagren cuidados y dinero á la vida literaria, pienso que este interés y este sacrificio deben emplearse en otra forma: *non vi, sed sæpe cadendo*. El arte es un erizo para todo profano. En cuanto hay barullo, el arte se hace una bola y no quedan más que pinchos para el lector curioso.

En cuanto la poesía se lleva al terreno *práctico y social*, se apoderan de ella los *señores de la comisión*; en cuanto se la convierte en *plato del día*, la devoran los trogloditas de la vanidad en letras de molde.—A todo escritor le gusta ser leído, y más cuando de eso come; pero el pudor, hasta la dignidad, aconsejan al que se estima no ser parásito de la moda ni de la publicidad aleatoria. Había un sacamuelas que *sacaba* gran ventaja en la venta de los específicos á todos los de su industria; y como le preguntaran la causa de su fortuna, respondió: «Es que yo siempre estoy en el *lugar del siniestro* ó en el *teatro del crimen*.» Hay escritores, dignos de lástima sin duda, que siempre están vendiendo específicos donde la gente se amontona, no por ellos, sino porque alguien se cae de un andamio, ó de un nido, ó cosa por el estilo. Esto, para el que olvida la honestidad literaria, tiene sus ventajas; pero, por la pícara ley de adaptación al medio, también tiene un inconveniente, á saber: que tales escritores cada día tienen más aspecto de ranas. No rehuyo la publicidad; sé lo que nos importa á los que vivimos de vender artículos y libros; pero si no renuncio á que el lector encuentre mi nombre en la sopa, quiero que sea en pastas que salgan de mi propia fábrica. ¡Yo sé de un literato que le pegó un anuncio en la espalda á un reo de muerte!

Á más de eso, amigo Abascal, estos artículos y consultas de ocasión, de grandes tópicos de publicidad, tienen el mismo defecto que las poesías de circunstancias. El consultado, el *sorprendido*, casi siempre tiene que improvisar, é improvisar sin inspiración. Añádase á ello que sobre los temas impuestos han llovido mares de vulgaridades, y también lo más racional y oportuno suele estar ya dicho. ¿Qué ha de hacer el que quiere distinguirse, ó no quiere, por lo menos, ser reloj de repetición? Pues lanzarse á la paradoja ó al estilo sibiltico. Hay que dislocar el ingenio ó remedar á *Don Tomás*, el autor de la oda á la *Continencia*.

En cuanto al motivo de tratar nosotros, aquí en España, ahora precisamente, la cuestión de la novela novelesca, tampoco me agrada. Y entro indirectamente en materia. Usted me conoce y sabe que no soy sospechoso de patriotería intelectual; no me parezco en nada á esos puristas de presa, á esos partidarios de la balanza de comercio literaria que quieren convertir las aduanas de las letras en fortalezas inexpugnables. En punto á patriotismo literario, yo apenas me tengo por español... á no ser en caso de invasión extranjera.

Pero, francamente, me molesta un poco que en España, en Madrid particularmente, nos pongamos á pensar si conviene volver á la novela... novelesca, porque el Sr. Prevost ha tenido la fortuna

de que en París se fijara la atención en él viéndole tratar un tema que no tiene nada de nuevo.

Lo que ahora dice ese joven no han dejado de decirlo ni un solo día los novelistas de folletín y los parientes y sucesores de los antiguos novelistas de aventuras y maravillas. Mas no insisto en este aspecto de la materia, porque esa misma observación ya la han hecho varios escritores, por ejemplo, Jorge Ohnet y Emilia Pardo Bazán. Más nuevo será contradecirme á renglón seguido, hasta cierto punto, y salvando la contradicción por un distinguo. En efecto, lo que parece darse á entender con eso de la *novela novelesca*, es reclamación antigua, vulgar, superficial, y, francamente, despreciable; pero M. Prevost da explicaciones á sus palabras que las desvirtúan, ó, mejor, lo contrario: que les dan una virtud que ellas de por sí no tienen. M. Prevost dice: «Novelesca, no en el sentido de una más amplia fábula, sino de *mayor expresión de la vida del sentimiento*.» Esta es harina de otro costal; y aunque la cuestión, así vista, tampoco es nueva, ya no es la de los folletinistas; y es de las que más ocupan la atención de los críticos que siguen con interés y reflexión el movimiento de las tendencias artísticas y espirituales. En tal sentido, M. Prevost es uno de tantos jóvenes inteligentes que tratan un punto que es objeto de muy serias y profundas investigaciones en todos los países de

arraigada cultura. La hermosísima carta de Alejandro Dumas á Prevost coloca el asunto en un tono elevado y de *trascendencia*, que en rigor le corresponde. En llegando á esta ocasión, poco importa hablar de esto por uno y otro motivo. ¿Hay quien atienda? Pues hablemos.

Lo más importante es el aspecto de la cuestión á que llega Dumas. No se trata de volver á escribir *Los Mosqueteros*; muchos de los que los echan de menos, no los leerían, aunque corrieran vestidos á la moderna. Que el público de París esté cansado ó no de las novelas de los naturalistas de segundo y tercer orden, ni tiene interés para nosotros, ni es grave pleito; si ese público leyese las obras maestras antiguas y modernas, de todas las literaturas y de todas las *escuelas*, particularmente las obras maestras que no son de escuela alguna, no le quedaría tiempo para aburrirse con la difícil digestión de tantas y tantas moliendas de naturalismo fabricado á máquina. Todo eso se hace pesado. Ciertamente. Mas ¿para qué las leen ustedes? Las novelas de los que no debieran escribirlas, siempre han sido, son y serán de un género insoportable. Julio Lemaître se quejaba, en una *boutade* ó salida, de que los maestros no se contentasen con escribir sus obras maestras.

Buen remedio; el lector es el que puede escoger

esas obras entre las que el maestro deja sin saber cuál le salió mejor, Si el público siguiera este criterio de lectura, que es el de los verdaderos hombres de gusto y de instrucción seria; si el público procurase ser, en espíritu, contemporáneo de todos los grandes autores, de todas las escuelas, de todas las tendencias, no habría tanto aburrimiento, ni tanta variación del gusto, ni la moda tendría, ni con mucho, en literatura, la importancia que se le concede. Al que procura leer bien, con selección prudente y reflexiva, Zola, por ejemplo, no le cansa, porque cada nuevo libro suyo lo lee entre docenas de libros de todos los tiempos, de todos los países.

Yo acabo de leer, v. gr., *El Ramayana*, que, traducido en prosa, es para mí una gran novela novelesca. ¡Qué nuevo, qué hermoso, qué simbolista, qué *fin de siècle* me ha parecido el poetal ¿No quiere M. Prevost sentimiento? Pues ahí lo tiene, en aquel amor de Rama á su esposa, del padre de Rama á su hijo, de Rama á su hermano... Pues ¿y la historia? La historia, según la escribieron los griegos y algunos romanos, y según la escriben los modernos historiadores artistas, es la novela novelesca más admirable. Leed la descripción de Antioquía corrompida, ó la de Roma el 4 de Agosto del año 69 de nuestra Era, ó la de Jerusalén destruída por Tito, todo ello de mano de

Renán; ¡aquello es novela naturalista y *novelesca* todo junto! Pero no es ésta la cuestión verdadera, repito. El caso es que el naturalismo, que ha traído al arte literario muchas verdades y legítimos procedimientos, no está solo en el mundo, ni debe estarlo; como el positivismo, considerado en general, como una solución filosófica, no está solo en las tentativas científicas de la humanidad que reflexiona y que observa. Así como los que no seamos positivistas admiraremos, y estudiaremos, y aprovecharemos las lecciones y los descubrimientos de esta escuela, y no continuaremos nuestras tareas de pensadores sin asimilarnos lo que el positivismo encierra de sólidamente científico, del propio modo fué necesario que el naturalismo, en lo mucho que tenía y tiene de bueno, prosperase en el arte, y que lo defendiesen y propagasen todos los hombres de recto criterio artístico que de él esperaban algo que venía á su hora, que estaba haciendo falta, aunque no fueran partidarios de dicha escuela ó tendencia con el exclusivismo de los sectarios. En este sentido yo estoy dispuesto á defender el naturalismo, el verdadero, con tanto calor como el primer día; y todo lo que sea tendencia á borrar lo vivido, á renegar de lo afirmado, á *volver á las andadas*, me parece absurdo y ridículo.

Pero el naturalismo y el positivismo se daban la

mano en la idea y en el propósito de los naturalistas franceses, y en este punto no podíamos seguir á los naturalistas los que veíamos el vicio capital de la crítica de Zola en su limitado, exclusivista y, en suma, falso concepto de la ciencia y de sus relaciones con el arte.

En filosofía hay un movimiento que no suprime el positivismo, sino que lo disuelve en más alta y profunda concepción; y es natural que en la literatura se observe una tendencia análoga. Se habla, con mayor ó menor prudencia y parsimonia, de la futura metafísica, que no será una reacción, sino otra cosa que es lógico que no podamos encerrar, hoy por hoy, en una fórmula; pues es natural que en el arte se columbre una reforma que pueda llamarse futuro idealismo, acordándose de Platón, pero no de M. Feuillet, ni menos de nuestro simpático Luis Alfonso.

El movimiento tiene mucha más trascendencia que la que llegan á concederle los que no ven en él más que un capricho del boulevard, un reclamo de la juventud literaria de París, y, á lo sumo, una *capillada* del diablo harto de carne. Verdad es que con esa tendencia, que puede calificarse de general, y que, por ejemplo, en Rusia es hasta clásica, coincide y hasta se relaciona esta efervescencia de misticismos, simbolismos é idealismos más ó menos sospechosos ó sinceros de la nata y flor

de la juventud literaria francesa; pero no hay que confundir las cosas, ni tampoco por qué despreciar en montón los resultados posibles de esos mismos fenómenos de idealidad que en las letras de París se notan.

Un día y otro publican las revistas filosóficas trabajos que acusan tendencias armónicas, evidentes transformaciones del positivismo, restauraciones de las tendencias filosóficas de otros días, aunque dirigidas por rumbos nuevos; y aún más se nota ese afán generoso de paz, armonía, inteligencia, en la literatura religiosa, como lo acreditan multitud de libros de sacerdotes cristianos, protestantes y católicos, y de librepensadores religiosos. ¿Por qué no ha de reflejarse todo esto en la literatura, y por qué no ha de ser una legítima manera nueva del pensamiento artístico este idealismo, ó lo que sea, sin necesidad de negar nada de lo contrario, ni dar por muerto ni exhausto lo que, curado de exclusivismos, es todavía oportuno, todavía tiene verdadera misión que cumplir?

Doña Emilia Pardo Bazán, cometiendo un tropo que tiene bastante novedad, y que consiste en tomar el autor de un libro por el que le pone un prólogo, decía aquí mismo, no hace muchos días, curándose en salud, que ella consideró el naturalismo, cuando lo expuso y defendió, como una es-

pecie de oportunismo. Doña Emilia es muy dueña de prescindir de mi humilde personalidad, usando también de cierto oportunismo; pero lo cierto es que, en el libro de doña Emilia, *La cuestión palpitante*, donde se dice eso de oportunismo naturalista es en el prólogo, que está firmado por el que suscribe; y los prólogos suelen ir delante de lo demás: de modo que, aunque doña Emilia *después* haya dicho eso mismo, que no lo recuerdo, al fin y al cabo lo dije yo antes. Y así debió entenderlo el distinguido literato D. Luis Vidart, que en un artículo de la *Revista de España* me atribuye la paternidad del calificativo y la teoría correspondiente, que es lo que importa. Por supuesto que antes que yo y que doña Emilia, si lo dijo también, lo habrán pensado y dicho otros muchos, y no hay por qué darse tono con el hallazgo; pero á mí, por tratarse ahora de lo que se trata, me importa consignar que *originalmente* he calificado hace diez ó doce años de oportuna, no de exclusiva, la tendencia naturalista, y que esto me autoriza para afirmar ahora que puede haber otra oportunidad nueva para otra cosa nueva, sin que demuestre esto contradicción y ligereza por mi parte.

Lo mismo que sostuve entonces el derecho á la vida del naturalismo, sostengo hoy el derecho á la vida de esas otras cosas que doña Emilia llama *merengadas* y *natillas*, y que son nada me-

nos que la literatura psicológica y particularmente *estética*.

La ilustre escritora gallega ha declarado, en uno de sus últimos folletos, que ella no es hembra de sentimiento; y aunque ya lo habíamos conocido, dicho y lamentado, todavía á mí me causó disgusto la demasiado ingenua declaración; porque si doña Emilia creyera que el tener sentimiento es cosa buena, de moda, no hubiera hecho alarde de carecer de tal excelencia. Pero, en fin, esto pase, porque sólo nos importa desde el punto de vista de lo que ganarían nuestras letras con que la única literata de verdad con que contamos tuviera, además de inteligencia, corazón. Lo que no puede pasar es el desprecio que doña Emilia muestra á las tendencias espirituales y religiosas de la nueva generación literaria, á esas tendencias que con tan elocuentes palabras tomó en consideración Dumas en la citada carta, ya traducida por *El Heraldo*.—Había un pobre que tenía dos camisas, una sobre el cuerpo y otra en una pieza de tela que había en una tienda. La camisa de la tienda era para los días que repicaban gordo. No falta quien se cree más seriamente religioso que la pobre gente nerviosa é impresionable, dejando la religión para las grandes solemnidades. Sin haber meditado bastante lo que significa la *ubicuidad* divina, doña Emilia rompe la realidad y la litera-

tura, en dos, una mitad se la da á Dios, y la otra al diablo. Y la del diablo, que merece menos consideraciones, es la única estropeada por el uso. Dice la ilustre dama que no tiene sentimiento: «El que quiera ser edificado, deje las futuras novelas idealistas y aténgase á la *Imitación de Cristo*.» Eso es; y á los demás, que los parta un rayo.

Pero ¿no hay que edificar también, si se puede á los que no leen la *Imitación*? ¡Pues si esto es lo más importante, lo más arduo, lo que más arte pide! Se puede moralizar hasta en una orgía. Los grandes arrepentimientos han solido venir en medio de los grandes pecados; Jesucristo andaba entre publicanos. Por otra parte, los que han leído la *Imitación* y la saben de memoria, ¿no han de leer ya más que *Insolaciones*? Y la *Imitación*, con ser mucho, no es todo; hay mucho más. Nadie dirá, por ejemplo, que después de Kempis, nada enseña Schleiermacher. Si el diablo hartado de carne se mete fraile, no hay que hacerle caso, porque es el diablo; pero si una juventud entera, almas de Dios, muestra cierta tendencia á la espiritualidad, á vivir de ideas santas, á gustar la poesía de lo absoluto, no nos burlemos de ella, y recordemos que por ahí empezó San Ignacio, y que ante un espectáculo *naturalista* se movió á la santidad un San Francisco, que, viendo la belleza podrida, se enamoró de la incorruptible.

Ya sé que doña Emilia ha estado en París muchas veces, y conoce las bromas y las farsas de los muchachos despiertos é inquietos de aquellos boulevares, y hasta sé que ha visitado el *Gato Negro*; pero eso no la autoriza para tenernos por tontos á los que no hemos visto ese *Gato*. No, señora; no tema usted que nos dejemos engañar por el primer *chico de la prensa* de allá que quiera hacerse notar discurrendo diabluras místicas. Es más: si usted nos dice que no nos fiemos, v. gr., de las veleidades místicas del poeta Richepin, no tenemos inconveniente en complacerla. Pero hay otros, señora, hay otros. Y aunque en el boulevard, que, según dice un crítico, á *ciertas horas* es místico, no hubiera más que podredumbre, esa idealidad nueva, ese anhelo sincero de espiritualidad reformada, avisada, parsimoniosa y prudente existe en otras partes: en España mismo, como lo prueban recientes escritos de nuestro insigne Menéndez y Pelayo, del estudioso y muy inteligente Rafael Altamira, y varios otros. Y ya que cito á Menéndez y Pelayo, recordaré que éste nos recordaba hace unos días, señora Pardo, el *logos spermáticos* de San Justino, y el alma *naturaliter christiana* de Tertuliano. No olvidemos, doña Emilia, el *logos spermáticos*, por el cual la Sabiduría Eterna derrama sobre todos los espíritus la suficiente gracia de conciencia para que puedan elevarse, por las fuerzas naturales, al

conocimiento parcial del Verbo diseminado en el mundo.

«Todos los que han vivido conforme al Verbo, sigue Menéndez y Pelayo diciendo que dice San Justino, pueden llamarse cristianos, aunque hayan sido tenidos por ateos.» En eso estamos; tal es la situación del mundo; el *logos spermáticos* es el que ha de fecundarse si se quiere fruto de provecho. Estas enseñanzas, las palabras animadoras de Dumas, valen más que esas *natillas* y *merengadas* batidas desdeñosamente por la Pardo con la *Imitación de Cristo*.

Si la literatura se acerca á la piedad, dejadla ir, y no la pidáis hipoteca. Y el mejor camino para la piedad, á partir del arte, es el del sentimiento y la poesía. Con murallas de la China y abstractas y áridas discusiones de lo *profano* y lo *religioso*, viviremos, señora Pardo, en perpetuo divorcio. ¿Sabe usted por dónde veo yo que se acerca la unión de las almas nobles de uno y otro bando? Por el *dulce nombre de Jesús*, señora. Hay sacerdotes ahora que escriben la historia de Cristo á lo humano, sin que pierda nada de lo divino, y hay libre-pensadores que la escriben sin dejar de ser científicos, con la intuición de lo misterioso, de que, en efecto, está penetrada.

Renán, el glorioso Renán, á quien Dumas, con

razón, en sus inspiradas palabras, coloca en el pedúnculo primero de este movimiento ideal de que trato, dió el primer paso con su *Historia de Jesús*, con sus *Apóstoles* y su *San Pablo*, tan mal comprendidos por los fanáticos de una y otra parte; y ahora, sea emulando su arte, sea con otro propósito, aparecen historias de Jesús como la del Padre Didón, que profundiza los elementos *naturales* y *sociales* de la vida del Nazareno y de la influencia de su obra en el mundo; como la del inglés Eclersheim, también sacerdote, aunque no católico, que escribe de la vida y de los *tiempos* del Mesías, y estudia también el valor del medio geográfico, étnico, etc., etc., en la vida de Jesús; como la del alemán Hugo Delff (*Historia del Rabbi Jesús de Nazareth*), el cual, aunque librepensador, llega á decir que «la voz de Jesús resuena todavía hoy viva en la conciencia, y en ella obra su espíritu». Este mismo Delff, que, como dice Chiappelli, no participa de los compromisos teológicos de los sacerdotes nombrados, considera á Jesús «como un genio, como un héroe religioso y moral, *uno con Dios*, y sus palabras son palabras de Dios, y sus obras, obras de Dios.» En sentido análogo se expresa Tolstoi, y yo pienso que cualquier alma serena y bien sentida, que, sin fanatismo positivo ni negativo, se acerque á la figura de Jesús y medite en la misteriosa influencia de su personalidad y

de su ejemplo y doctrina sobre la sociedad y sobre el individuo, no podrá menos de reconocer allí, sin salir de lo natural, una misteriosa y singular exaltación de la conciencia humana á la comunicación con lo ideal, algo *único* en la historia, y, como dice Carlyle, «la voz más alta que fué oída jamás sobre la tierra...» ¡Carlyle! El *poeta-crítico* de Odino y de Mahoma, es también el que dijo, aludiendo á Jesús: «El más grande de los *Héroes* es *Uno* que no nombraremos aquí. ¡Que un silencio sagrado medite sobre esta materia sagrada!...» «El acontecimiento más importante de los cumplidos en el mundo, está en la Vida y en la Muerte del Hombre Divino, en Judea...»

—
 ¿A qué vienen esta digresión y estas citas? ¿Qué tiene que ver todo eso con la *novela novelesca*? Si la novela novelesca quiere decir nada más un nuevo afán del vulgo, que se aburre con el hastío á que, según Shakspeare, están condenados los espíritus pequeños; si la novela novelesca significa la restauración del disparate picaresco y pseudo-romántico, nada tiene que ver todo lo anterior con el asunto; pero en tal caso, tampoco yo quiero perder el tiempo hablando de tales vaciedades. Mas si la *novela novelesca* significa una protesta nueva de esa juventud literaria, que busca idealidad ó poesía, entonces, lejos de haber aban-

donado en los párrafos anteriores la cuestión, he penetrado en su núcleo. Porque mostrado que existe el nuevo anhelo, la nueva aspiración religiosa y filosófica, ¿hace falta demostrar la legitimidad de una nueva literatura que sea su expresión artística?—Sí, mil veces sí: el naturalismo en los grandes maestros, ni cansa todavía, ni debe cansar jamás, ni decae, ni nada de eso; tiene por delante mucho camino; pero la novela psicológica también pretende con derecho una restauración, y no falta en Francia ni en otros países quien la procure, ni público que la acoja con cariño. Y es particularmente legítima la forma de la novela que atiende al alma, no por el análisis, sino por su hermosura, por la belleza de sus expansiones nobles, no menos bellas que la formidable lucha de sus pasiones; es legítima y es oportuna la novela de *sentimiento*.

Y por mi parte añadiré que hay otra cosa que suelo echar de menos en las novelas contemporáneas...: la *poesía*. Sí: suele faltar la *poesía* en un sentido restringido y algo vago de la palabra; sentido que se explica mal, pero que todos comprenden bien; sentido al pensar en el cual se piensa un poco en lo *lírico* y hasta en lo *musical*, en cuanto cosa del espíritu. La novela contemporánea, si bien con excepciones, es poco poética; aunque sea obra de grandes estilistas. *Le Rêve*, de Zola, es algo *poética*, y podría serlo mucho más;

Madame Bovary, con ser tan gran libro, es poco *poética*, á no ser al final, que es pura poesía... *Pepita Jiménez* y *El Amigo Manso* y *Marianela*, son algo *poéticas*. Pero ¿qué es la novela poética? No lo puedo explicar, á lo menos en pocas palabras; pero estoy seguro de que sería muy bien venida. De esa novela, que tendría mucho de lo que pide Prevost, más que otras cosas, sacaríamos impresiones parecidas á ese perfume ideal que dejan los *lieder*, de Goethe; el *Reisebilder*, de Heine; las *Noches*, de Musset; cualquier cosa de Shakspeare... y el hálito ideal de *Don Quijote*.

Además, en la literatura de estas décadas, como dicen bien algunos *simbolistas*, también suele faltar la nota de la alegría sagrada. Debemos ser sinceros; y cuando el alma, por su fortuna, se siente en el ápice de la armonía, sea ó no soñada, y goza de esa voluptuosidad lícita de sentir las íntimas relaciones bellas de las cosas, no debemos ocultar este feliz estado, por miedo á que nos cojan en contradicción. Hay que ser como la amiga de Saccard, en *El Dinero*, de Zola...; y hay que ser como Ernesto Renán, á quien acusaron de escéptico, porque ni cierra los ojos á las tristezas misteriosas de la vida, ni apaga los gritos del alma cuando una brisa de amor ó de esperanza hace vibrar sus cuerdas, pues el alma sincera y noble y franca siempre tiene algo de *lira*.

Y si no fuera porque he escrito demasiado, aquí me detendría yo á tratar lo más interesante del asunto para nosotros: la referencia de todo él á las letras españolas.

Me contentaré con rápidas indicaciones.—En España, la novela buena es cosa de muy pocos, y aun algunos de esos suelen producirla mediana. No hay ni ha habido naturalismo en el concepto de la palabra que se ha hecho clásico. Lejos de *estar hartos* de exactitud científica, de novela sabia, estamos muy necesitados de todo lo que sea reflejo literario de general cultura; y en esto habla como un sabio doña Emilia Pardo Bazán, que es uno de nuestros espíritus más educados en la cultura armónica. Nuestro realismo es muy nuestro; en efecto, nos viene de raza. Pero no todo en él es flores. Nuestra novela realista de otros siglos valió mucho, en efecto; pero valió mucho menos que nuestro teatro, y que algo de nuestra lírica, y que la prosa de nuestros místicos.

Claro está que queda excluído de esta observación el *Quijote*, que, en rigor, es mucho más idealista que realista. La novela de *sentimiento*, novelesca en este sentido, nos vendría muy bien á nosotros, no como triaca de excesivo análisis intelectual y fisiológico, que tampoco sobraría, sino como remedio de nuestra *castiza* sequedad sentimental, que hace, por ejemplo, que nuestro teatro se pa-

rezca al latino en aquella *ausencia de madres* que condena á la musa dramática española á cierta *orfandad* triste y fría.

No es necesario advertir que lo que se echa de menos no son sensiblerías, ni *novelas azules*. No se me podrá acusar á mí de partidario del *azul en las artes*, si se nota que jamás he consagrado cánticos de entusiasmo á Fernán Caballero, y que no es otro Fernán lo que yo siento que la naturaleza nos haya negado, sino un *Jorge Sand* español, *momento* literario que no hemos tenido y que hubiera sido aquí más oportuno que realismos y naturalismos, con ser éstos bien venidos.

La novela española, que ha sido poco *psicológica*, apenas ha sido *apasionada*, además de no ser *poética*. Hoy, para ser *Jorge Sand* al pie de la letra, es tarde; pero quiera Dios que, inspirándose en las *natillas y merengadas* que á doña Emilia empalagan, aparezcan novelistas, poetas, psicólogos *sentimentales* y *piadosos*, no para eclipsar, que sería difícil, pero sí para completar la obra de los Galdós, Peredas, Valeras y Alarcones. Y que no se olviden las *máscaras alegres*, porque también mucho es la risa en el mundo.

Concluyo, y recuerdo que no he hablado de mis *ensayos novelescos*, como había convenido al *principio*. Más vale así. Siempre es tiempo para no hablar de sí mismo.—Suyo, CLARÍN.